

G. I.  
GURDJIEFF

**E**ncuentros

CON

**H**ombres  
**N**otables

editorial **S**irio, s.a.



## DEL TODO Y DE TODO

***Primera serie en tres libros***

RELATOS DE BELCEBÚ  
A SU NIETO

Crítica objetivamente imparcial  
de la vida de los hombres

***Segunda serie en dos libros***

ENCUENTROS CON  
HOMBRES NOTABLES

***Tercera serie en cinco libros***

LA VIDA ES REAL  
SÓLO CUANDO «YO SOY»



## Nota del editor francés

**EN EL VERANO** de 1922 llegó a Francia un desconocido, Gueorgui Ivánovich Gurdjieff. Le acompañaba un pequeño grupo de hombres y mujeres que lo habían conocido en Moscú y San Petersburgo, lo habían seguido al Cáucaso durante la Revolución, habían tratado con él de mantener su actividad amparados de la guerra en Constantinopla y luego habían huido de Turquía ante la inminencia de una nueva crisis, encontrándose ahora, después de un éxodo a través de diversos países de Europa, en busca de una propiedad en venta en los alrededores de París.

Compraron a la viuda de Maitre Labori, el abogado de Dreyfus, su amplia propiedad del Prieuré de Avon, cerca de Fontainebleau. Gurdjieff estableció allí una sorprendente comunidad que suscitó inmediatamente gran curiosidad.

En esos años de posguerra, cuando tantas ilusiones se habían desvanecido, el Occidente tenía una profunda necesidad de certidumbres. Los ingleses fueron los primeros en acudir al Prieuré, atraídos por P. D. Ouspensky (escritor ruso nacido en 1877, muerto en Londres en 1947). Luego se sumaron a ellos algunos norteamericanos.

Críticos, editores, médicos, la mayoría tenía nombre conocido. Iban al Prieuré como se va hacia una experiencia difícil, pero que –si Gurdjieff era quien se les había dicho– les abriría la puerta del Conocimiento.

El Prieuré correspondió a su esperanza.

Veintisiete años después, cuando Gurdjieff murió en París, su nombre era aún desconocido del gran público, su obra inédita, el lugar que ocuparía en la historia del pensamiento, imposible de definir. Pero, unas ideas habían sido transmitidas y por muy de lejos que viniesen –de hecho, las ideas de Gurdjieff parecen ligadas a una muy elevada y antigua tradición– habían hallado un terreno apropiado para germinar.

¿Quién era, pues, Gurdjieff?

Gueorgui Ivánovich Gurdjieff nació el 1° de enero de 1866 (según el antiguo calendario ruso) en la ciudad de Alexandropol, situada en la provincia de Kars, hasta entonces otomana, recién conquistada por el ejército del Zar.

En cuanto a sus padres, su infancia, la educación que recibió, no podemos sino remitir al lector a los primeros capítulos de este libro.

En el período que siguió, que quizás duró unos veinte años, Gurdjieff desapareció.

Sólo se sabe que emprendió viajes lejanos, particularmente al Asia Central. Estos años fueron de suma trascendencia para la formación de su pensamiento. Él mismo dice<sup>1</sup>:

**«No me encontraba solo. Había entre nosotros, toda clase de especialistas. Cada uno estudiaba según los métodos de su ciencia particular. Después de lo cual, al reunirnos, nos participábamos los resultados obtenidos».**

Alude así al grupo de los *Buscadores de la Verdad*. Hasta hoy no sabíamos quiénes habían sido estos compañeros de juventud de Gurdjieff. *Encuentros con Hombres Notables* nos presenta a algunos de ellos y da detalles sobre sus aventuras y sus viajes. Pero el lector deberá recordar que este libro, si bien es una autobiografía, no es ciertamente una autobiografía en el sentido ordinario de la palabra. No deberá tomar todo literalmente (ni tampoco convertir todo a símbolos), ni intentar, a fin de remontar al origen del conocimiento, una exploración sistemática del curso del río Piandyé, o de las montañas de Kafiristán. Porque, aunque el relato tenga un sonido de innegable autenticidad, parece evidente que Gurdjieff quiso enredar las pistas.

Volvemos a encontrar a Gurdjieff en Rusia, en 1913. Es en Moscú, en la primavera de 1915, cuando se produce el encuentro de

---

1.- En *Fragmentos de una enseñanza desconocida*, de P. D. Ouspensky.

Ouspensky con Gurdjieff. Ouspensky posee una formación científica. Ha publicado en 1909 un libro sobre la cuarta dimensión. Con la esperanza de encontrar en Oriente una respuesta a las preguntas a las cuales, según él, la ciencia de Occidente no aportaba solución, emprendió un gran viaje a la India y a Ceilán. Regresó de ese viaje convencido de que su búsqueda no era vana y que efectivamente había algo en Oriente, pero **«que el secreto estaba guardado mucho más profundamente y mucho mejor de lo que él había previsto»**.

Está preparando un nuevo viaje, esta vez al Asia Central rusa y a Persia, cuando le hablan del sorprendente personaje recientemente aparecido en Moscú.

Su primera entrevista con Gurdjieff modificaría todos sus planes:

**«Lo recuerdo muy bien. Habíamos llegado a un pequeño café, situado fuera del centro, en una calle ruidosa. Vi a un hombre que ya no era joven, de tipo oriental, con bigotes negros y ojos penetrantes; al principio me sorprendió porque de ningún modo parecía en su lugar en tal sitio y tal atmósfera; estaba aún saturado de mis impresiones de Oriente, y este hombre con cara de rajá hindú o de jeque árabe, que hubiera visto mejor bajo un albornoz blanco o un turbante dorado, producía en ese pequeño café de tenderos y comisionistas, con su abrigo negro con cuello de terciopelo y su sombrero hongo negro, la impresión inesperada, extraña y casi alarmante de un hombre mal disfrazado»**.

Ninguna de las preguntas que Ouspensky le hizo confundió a Gurdjieff. Persuadido de que ese hombre podía ser el camino hacia el conocimiento que él había buscado en vano en Oriente, Ouspensky se hizo discípulo de Gurdjieff. Más tarde daría un relato preciso, de impresionante honradez, de los siete años que pasó al lado de su maestro para elucidar y desarrollar todo lo que éste le había dejado entrever durante esa primera conversación en Moscú en 1915.

Pero Gurdjieff, en medio de la guerra, atrajo a otros buscadores. Citaremos al compositor Thomas de Hartmann (nacido en Ucrania en 1885, fallecido en Nueva York en 1956), ya bien conocido en Rusia. A su ciencia y a su trabajo, puestos a disposición de Gurdjieff, debemos el haber podido reunir la obra musical de éste.

La Revolución sorprendió a Gurdjieff rodeado de discípulos, en Essentuki, al norte del Cáucaso, donde acababa de sentar las bases de un primer **Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre**. Cuando se desencadenó la guerra civil realizó con algunos de sus alumnos una arriesgada expedición a través de los desfiladeros del Cáucaso. Llegado

por esa inesperada vía a Tbilisi, momentáneamente en paz, abrió allí un nuevo Instituto. Luego, sumergido el sur del Cáucaso en la Revolución, se refugió con sus alumnos en Constantinopla, donde pudieron reabrir el Instituto.

Este itinerario se alarga, cada vez más hacia el Oeste, hasta llegar a Fontainebleau, donde por fin Gurdjieff halló las condiciones necesarias para fundar el Instituto sobre bases estables.

Entre los ingleses que se le unieron se destaca la figura de Orage. Había vendido, para venir al Prieuré, su revista *The New Age*, en la que, según Bernard Shaw, había demostrado durante catorce años ser **el «más brillante ensayista de ese tiempo»**. Nada le era ajeno, ni en el dominio literario, ni en el económico. Para muchos jóvenes escritores, Orage había sido más que un consejero: una especie de hermano mayor.

También Margaret Anderson formó parte de ese grupo, dos años después. Ella había fundado en 1914, en Nueva York, una revista de vanguardia, *The Little Review*, con la cual había hecho conocer en Norteamérica a Apollinaire, Cocteau, Gide, Satie, Schoenberg, Picasso, Modigliani, Braque... Hasta corrió el riesgo de ir a la cárcel por haber osado publicar el *Ulises* de James Joyce. Llegada al punto en que ya no podía satisfacerse únicamente con los refinamientos del espíritu, decidió unirse también a Gurdjieff.

Muy escasos fueron, en esos primeros años, los franceses que se acercaron a Gurdjieff. Un hombre inolvidable, Alexandre de Salzmann, se había unido a él en Tbilisi. Era pintor y decorador de teatro. Su mujer era francesa. Fue ella quien en lo sucesivo haría conocer el pensamiento de Gurdjieff en Francia y le traería los grupos a los cuales él transmitió su enseñanza, en París, después de cerrar el Prieuré.

A su llegada al Prieuré, Katherine Mansfield describe:

**«...un viejo castillo muy bello, circundado por un parque admirable... Se atiende a los animales, se trabaja en el jardín, se hace música... debe uno despertar a las cosas, en vez de discurrir sobre ellas»**. Y más tarde: **«... en tres semanas, siento que pasé años en la India, en Arabia, en Afganistán, en Persia... por cierto que no debe de haber otro lugar en el mundo en el cual se pudiera aprender lo que se aprende aquí»**.

La estancia de Katherine Mansfield en el Prieuré hizo correr mucha tinta.

**«De la calumnia»**, escribía Pierre Schaeffer en *Le Monde*, **«siempre queda algo. En lo que se refiere a Katherine Mansfield, por ejemplo,**

***a fuerza de repetirlo en caracteres de imprenta, terminarán por asociar la hospitalidad de Gurdjieff con el triste fin de la joven tísica».***

Cuando Katherine Mansfield, ya muy enferma, pidió ser admitida en el Prieuré, Gurdjieff, conociendo la gravedad de su estado al principio se negó. Orage y los otros insistieron para que le fuera dada esta última alegría. Katherine Mansfield murió algunos meses más tarde en el Prieuré y Gurdjieff recibió en recompensa, tal como dice Ouspensky, **«su salario completo de mentiras y calumnias».**

René Daumal y Luc Dietrich son, entre los escritores franceses, aquellos a quienes la enseñanza de Gurdjieff nutrió más directamente. André Rousseau, tras haber reconocido que el valor de una influencia espiritual se mide por la calidad de las obras que ella inspira, escribe en el *Figaro Littéraire* **«Si por ejemplo se nos probara que René Daumal debe realmente a Gurdjieff mucho de lo que estimamos y admiramos en él, nuestra admiración por Gurdjieff recibiría un gran refuerzo...».** De hecho, Daumal siguió, durante diez años, la enseñanza de Gurdjieff, y *Le Mont Analogue* dedicado a Alexandre de Salzmann, a través de quien Daumal había conocido a Gurdjieff, es una transposición poética muy transparente de la experiencia interior que Daumal y sus compañeros perseguían.

Tomas de posición apasionadas se produjeron pro o contra Gurdjieff algunos años después de su muerte, cuando su nombre, al llegar al público, fue empleado abusivamente por gente que no lo había conocido. Así nacieron unos absurdos, a los cuales, claro está, nadie aportó jamás ni un atisbo de prueba.

Gurdjieff no cerraba su puerta a nadie.

Interesaría saber cuáles fueron las impresiones profundas del arzobispo de Canterbury cuando pasó un fin de semana en el Prieuré, o las de Louis Jovet cuando lo visitó en París.

Entre estos visitantes de domingo, vino también Denis Saurat, típico universitario, entonces director del Instituto Francés en el Reino Unido, que reencontraba allí a su amigo A. R. Orage. Denis Saurat, al venir al Prieuré, temía ante todo ser engañado, y le costó diez años o más «digerir» las múltiples impresiones que recibió ese día. Muchos años después, en una carta a Louis Pauwels, resumió así la impresión que había sacado de su entrevista con Gurdjieff: **«No soy de ninguna manera discípulo de Gurdjieff. El breve contacto que tuve con él me dejó la impresión de una poderosa personalidad humana, reforzada o dominada por una elevadísima espiritualidad moral y metafísica a la vez. Quiero**

***decir que me pareció que sólo las más altas intenciones morales regían su conducta y que, por otra parte, sabía sobre el mundo espiritual cosas que pocos hombres conocen, y que era verdaderamente un maestro en el dominio de la inteligencia y del espíritu».***

La única manifestación pública de Gurdjieff y de sus alumnos durante ese período fue una demostración de danzas sagradas y de «movimientos» que presentaron en el Théâtre des Champs Elysées en octubre de 1923. Esos ejercicios fueron presentados a la vez como una restitución de danzas de derviches y de ceremonias sagradas (de las cuales el autor había sido testigo en el curso de sus viajes por el Asia Central) y como un método de educación.

Los parisienses no estaban muy preparados para ver en unas danzas, aunque fuesen sagradas, otra cosa que un simple espectáculo. Si la danza era un lenguaje, hubieran querido que les dieran la clave.

Pero Gurdjieff, ignorando esas objeciones, iba a hacer afrontar a sus alumnos una prueba aún más difícil. Acompañado por cuarenta de ellos iba a llevar sus ideas a Nueva York, y a dar allí representaciones de sus «movimientos». Se embarcaron el 4 de enero de 1924.

En la prensa de esa época se encuentra el reportaje de dos series de representaciones que dio, una en el Neighborhood Playhouse y la otra en el Carnegie Hall.

Algunas semanas después de su regreso a Francia, Gurdjieff resultó gravemente herido en un accidente de automóvil y no recobró sus fuerzas sino lentamente. Viendo que sólo le quedaba poco tiempo para cumplir con la tarea que se había impuesto, cerró parcialmente el Instituto y se hizo escritor a fin de ***«transmitir sus ideas en una forma accesible a todos».***

Desde entonces, y durante varios años, escribir fue para él una obligación esencial. Sin embargo, jamás dejó de componer música, improvisando casi cada día, en una especie de armonio portátil, himnos, plegarias o melodías de inspiración kurda, armenia o afgana, que Thomas de Hartmann anotaba y transcribía. Esta música, sencilla y profunda, no es la parte menos sorprendente de su obra.

Se sometió al oficio de escritor con esa especie de habilidad artesanal que le había permitido en su juventud aprender tantos otros oficios.

Él mismo cuenta en el primer capítulo de los ***Relatos de Belcebú a su nieto***, cuáles fueron las dificultades que halló desde el principio. Después de haber dudado, escogió escribir en ruso. Sus idiomas natales eran, además del griego, el armenio y el turco. Pensaba en persa. Bromeaba en ruso. Contaba chistes en inglés, ***«con una simplicidad oriental que desconcertaba por su aparente ingenuidad».*** No ocultaba su desdén por las convenciones gramaticales, englobadas por él en el vasto

dominio de lo que llamaba, con acento cargado de ironía, «el buen tono». Y al contrario, sentía profundo interés por los giros de la sabiduría popular, y manejaba con gran destreza proverbios que atribuía al legendario Mulaj Nassr Eddin, incluso cuando eran de su propia cosecha.

Quienes se le acercaron durante ese período, a menudo lo vieron escribir hasta horas avanzadas de la noche, en el Prieuré, de viaje, sobre las mesas de los cafés de ciudades de provincia y, naturalmente, en el Café de la Paix, que era, según él decía, «su oficina». Añadía que cuando necesitaba una gran concentración, el ir y venir a su alrededor de seres humanos de todo tipo estimulaba su trabajo.

Apenas terminaba un capítulo lo hacía traducir rápidamente para leerlo a las personas que lo rodeaban, cuyas reacciones vigilaba. Instruido por esa experiencia, lo modificaba. Y repetía la prueba tantas veces como fuera necesario.

Escribió durante una decena de años. Bajo el título de *Del todo y de todo*<sup>2</sup>, no fue tan sólo un libro lo que compuso, sino tres gruesos volúmenes, cuya aparente diversidad responde a su intención de transmitir sus ideas en tres etapas y bajo tres formas diferentes.

El primero, titulado *Relatos de Belcebú a su nieto o crítica objetivamente imparcial de la vida de los hombres*, tiene como meta, escribe él, «*extirpar las creencias y opiniones arraigadas en el psiquismo de los hombres acerca de todo cuanto existe en el mundo*».

Reserva para los lectores que hayan aceptado esa duda sobre sí mismos la segunda obra: *Encuentros con hombres notables*, con la que quiere «*hacer conocer el material necesario para una reedificación, y probar la calidad y la solidez del mismo*».

El tercero, titulado *La vida es real sólo cuando «Yo soy»*, tiene por objeto «*favorecer en el pensar y el sentimiento del lector la aparición de una representación justa, no fantástica, del mundo real*». Fue escrito para el reducido número de los que realmente se habían comprometido en su enseñanza.

Estaba en prensa en Estados Unidos el primero de los tres cuando murió Gurdjieff. Apareció sucesivamente en Nueva York<sup>3</sup>, Londres<sup>4</sup>, Viena<sup>5</sup> y por fin en París<sup>6</sup> en 1956.

---

2.- Título en español: *Del Todo y de Todo*.

3.- *All and Everything* Hartcourt Brace.

4.- *All and Everything* Routledge & Kegan Paul.

5.- *All und Alles* Verlag der Palme.

6.- *Récits de Belzébuth a Petit-fils* Editions Janus distribué par Denoël.